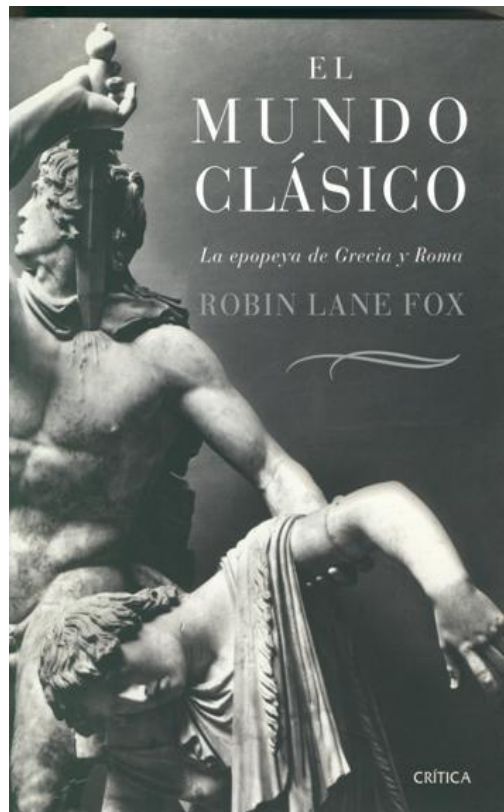


Lane Fox, Robin *El Mundo Clásico. La Epopeya de Grecia y Roma*, Editorial Crítica, Barcelona, 2007, pp. 825.



Desde hacía tiempo que no aparecía una obra con las características de esta que ha dado a conocer hace muy poco el historiador inglés Robin Lane Fox. La primera de ellas es que este vasto argumento -la historia de Grecia y Roma- es abordado por un solo autor, contraviniendo la difundida tendencia del último tiempo en que un libro de este tipo es el resultado de los aportes de varios especialistas bajo la guía de un editor o coordinador. La segunda consiste en que también desde hace tiempo no se intentaba una visión global del período grecorromano, concentrándose las publicaciones ya sea en Grecia o Roma, o más precisamente, en determinados momentos y aspectos de la historia de una de dichas sociedades. Un tercer rasgo distintivo radica en que esta síntesis es la obra de un historiador que tiene una extensa trayectoria en investigación y escritura de historia, tal como lo atestiguan su biografía de Alejandro Magno y sus libros sobre las relaciones entre cristianos y paganos en los primeros siglos de nuestra era. Esto último resulta decisivo para que este *El Mundo Clásico* no sea tanto un manual informativo cuanto un extenso ensayo basado en una excelente información histórica. Es, en suma, la obra de un buen conocedor que ha reflexionado largamente sobre su argumento.

La visión sobre Grecia y Roma que entrega Lane Fox se extiende entre el mundo griego arcaico (Homero como figura central) y el período del emperador romano Adriano, esto es, la primera parte del siglo II d.C., momento en el que considera que lo propiamente clásico, y las respectivas recuperaciones clasicizantes, se disuelven ante nuevas manifestaciones que comienzan a imponerse en la antigüedad. La figura del emperador Adriano recibe aquí una especial atención, no solo por su presentación como la última figura clásica en el sentido antiguo del término, sino que además se le constituye como una suerte de mirador desde el cual se observa todo el decurso anterior. ¿Adriano, último clásico de la antigüedad? No se logra entender del todo bien la opción de Lane Fox al desestimar la figura de Antonino Pío y, muy especialmente, la de Marco Aurelio, también él un emperador que recurrió a diversos aspectos de la cultura clásica para explicar su visión ecléctica del mundo. La constitución de la figura de Adriano como punto de llegada y “mirador” de un proceso histórico tan vasto resulta forzada en varias ocasiones y parece ausente del libro en otras.

La historia de la antigüedad como una epopeya de Grecia y Roma, tal como indica el subtítulo de la obra, resulta ser toda una opción en tiempos en que existe una marcada tendencia a observar este período como un espacio integrado y construido a partir de la participación y aportes de varios pueblos. Lane Fox explica sus motivos: “Los griegos y los romanos tomaron prestadas muchas cosas de otras culturas, iraníes, levantinos, egipcios y judíos, entre otros. Su historia enlaza a veces con esas otras historias paralelas, pero es su arte y su literatura, su pensamiento, su filosofía y su vida política lo que con razón se considera ‘de primera clase’ [esto es, clásico] en su mundo y el nuestro.” (pp. 13-14). Más allá de los acuerdos o desacuerdos que se puedan anotar respecto de esta idea, queremos destacar que se trata de una característica de la obra que comentamos, agregando que el autor se mantiene fiel a ella a lo largo de sus ochocientas páginas. Nos parece que esta decisión del autor hace que su obra sea algo así como una historia de los griegos y romanos, más la de aquellos que en algún momento se toparon en su camino. Pero, si se trata de hablar del pensamiento griego, ¿cómo se hace para obviar el hecho de que ese es el resultado de un espacio geográfico y humano amplio del Mar Egeo, e incluso por la vía de contraste y reafirmación, de un espacio egeo-asiático? O si se observa el contexto romano, ¿no cabe reparar que el concepto central de ciudadanía no terminó de modificarse y encontrar su forma final a raíz del contacto con las otras culturas que llegaron a estar bajo su dominio? La ciudadanía fue una de las grandes preocupaciones de Cicerón en la segunda mitad del siglo I a.C., y Herodiano nos informa que también lo fue para Septimio Severo en la última década del siglo II d.C., pero ¿hasta que punto estaban hablando de un concepto idéntico el político senatorial y aquel comandante de origen africano que comandaba las tropas de la Panonia?

Lane Fox aborda esta extensa historia a través de tres conceptos claves: la libertad, la justicia y el lujo. Como señala al inicio de su obra, estos tres figuraron entre los temas favoritos de los historiadores antiguos, por que “estaban en la mente de los actores de la época y constituían un elemento importante de la forma que tenían de ver los acontecimientos” (pp. 18-19). Por cierto que no son únicos ni se desconoce la presencia de otros que podrían hacer servido de claves para el recorrido, tales como las

guerras (un tema con el que nace la historiografía) o las descripciones del mundo y la geografía (otro argumento constante de escritores griegos y romanos, como también de gran gusto entre el público lector).

Los tres conceptos presentados están relacionados profundamente. La libertad, y aquí se habla especialmente de la forma en que se llegó a manifestarse en Atenas durante las guerras contra los persas, aunque también se mantiene vigente, y con gran fuerza en el siglo IV a.C., según el autor, se relacionó en forma temprana con la administración de la justicia. El camino griego o ateniense hacia la libertad consiste, en buena medida, en una justicia y su consecuente legislación, que resguarda a la comunidad, tanto en lo interno como en lo externo, de la esclavitud, ya sea que esta fuese impuesta por los tiranos o por los extranjeros. El lujo, y el término se referirá siempre a aquel de tipo privado, aparece como un elemento que se debe someter a la legislación y al control político dados sus efectos dentro de la sociedad. El momento clave de la libertad griega fue el de las Guerras Médicas, ocasión en que “la libertad fue una causa decisiva de la victoria de los griegos” (p. 153). Se encuentra muy presente la gran idea en torno a la cual Herodoto construyó la narración de sus *Historias*.

El proceso histórico al cual acabamos de hacer referencia aparece desarrollado especialmente en tres capítulos del libro: “Tiranos y Legisladores”, “Hacia la Democracia”, y “Las Guerras Médicas”. Pueden leerse con mucho provecho también las páginas dedicadas a la especificidad de Esparta en dicho período.

El triunfo de los griegos, y de manera particular el de los atenienses, permitió la consolidación de un período especialmente brillante de la historia griega. Los logros en la literatura, la pintura, la escultura, la arquitectura, la medicina, las matemáticas, y otros tantos campos, en una sociedad democrática restringida, conformaron aquel período que ha recibido la designación de clásico, concepto acuñado posteriormente para intentar comprender un momento determinado de la historia. El punto central y que animaba toda esta situación era el logro de la libertad, condición básica para la creación en todos sus planos. El planteamiento y desarrollo de estas ideas se encuentran principalmente en los capítulos “Un Mundo Cultural en Proceso de Cambio” y “Pericles y Atenas”. En este último, Lane Fox destaca, acertadamente a nuestro entender, las restricciones y limitaciones del proceso, resguardándose de una admiración excesiva ante lo que alguna vez C. M. Bowra definió como la gran experiencia griega.

En Atenas, luego de las Guerras Médicas, la libertad se relacionó de manera profunda con la llegada a la ciudad de una cantidad muy importante de riqueza generada por el triunfo contra los Persas. Como pocas veces antes, se dieron, de manera simultánea, la libertad y la riqueza, lo cual permitió proyectar importantes creaciones en todos los planos y contar con los recursos para reconstruir la ciudad que había sido destruida completamente durante la guerra reciente. Algo similar se podrá observar en Roma durante el siglo I a.C. e inicios del siglo I d.C., cuando los bienes provenientes de las provincias permitían el desarrollo de los proyectos urbanísticos de Julio César, y muy especialmente el llevado adelante por el emperador Augusto.

La formulación, implementación progresiva y defensa de la libertad, constituirá también la base para el segundo momento que ha sido definido como clásico en la historia antigua, tal es el de la República romana, especialmente durante el siglo I a.C. y

los inicios del I d.C. Los romanos forjaron una propia idea de la libertad y empezaron a desarrollarla tempranamente en su historia, esto es, antes de tomar contacto con la cultura griega y recibir de ella importantes influencias. Conviene transcribir aquí algunas de las palabras de Lane Fox a este respecto: “La expansión de Roma fue obra de un pueblo que carecía de literatura y que aún no poseía un arte formal de la oratoria. En Roma, Homero era todavía desconocido y Aristóteles habría resultado absolutamente ininteligible. Las grandes artes de los griegos clásicos, el pensamiento, el dibujo y las votaciones democráticas, no eran precisamente los talentos por los que destacaban los romanos”. (p. 359)

Dadas las características sociales de lo que inicialmente fuera una pequeña ciudad en la zona del Lacio, la libertad fue un término que tuvo diferentes significados para los diversos grupos sociales. Para los padres fundadores y sus descendientes aristócratas, significó autodeterminación ante el poder de los reyes y de cualquier otro de tipo de gobierno personal. Para los ciudadanos populares, en cambio, fue una forma de defensa ante el exceso de los magistrados a través de los cuales los aristócratas “libres” buscaban someterlos. La temprana figura de los tribunos de la plebe resultó ser la más clara confirmación de este hecho. La libertad en Roma fue siempre una tensión y esta llegó a su máximo nivel durante el siglo I a.C., así como también sus términos agregados de la justicia y el lujo.

La cultura romana logró su máxima expresión literaria, artística y filosófica en el período recién mencionado. Este fue un tiempo, recalca Lane Fox, en que el ideal de libertad tuvo una extensión más profunda entre los romanos y se convirtió en el bien máspreciado que defendían los sectores dirigentes de la ciudad. En este contexto debe comprenderse el quehacer literario, jurídico y filosófico romano que se extiende hasta el tiempo de Virgilio, Horacio y hasta el del mismo Ovidio. Lo central de este tiempo fue una discusión constante –y libre- sobre estos aspectos.. Cicerón, pocos años antes de Tito Livio, tuvo muchos motivos para pensar que la libertad estaba seriamente amenazada con Marco Antonio, pero no llegó a considerar que los dados estaban echados de manera irremediable. Muchos críticos actuales ignoran o minimizan este punto central para comprender el período clásico romano, imaginando la existencia de una estructura política, con características siniestras e hipócritas, que maniataba a los escritores y pensadores. Esto vendrá poco después y cuando Tácito escriba tendrá razón en lamentar su desaparición.

Lo clásico en Roma, y esto fue una creación republicana fue la formulación de un concepto de ciudadano libre y responsable (piadoso, decían ellos) ante los dioses, la familia y la sociedad. Es esta la imagen que ha traspasado los tiempos y ha sido recuperada en tantos momentos de la historia.

*El Mundo Clásico* no solo se compone de la experiencia griega de Atenas y la de la Roma republicana, sino que también de aquellos otros momentos en que, de una manera decidida y declarada, se invocó una recuperación de un período anterior considerado superior e imitable. De estos intentos clasicizantes hubo muchos, pero, por cierto, los que han dejado una mayor huella son los que encabezaron Alejandro Magno en Grecia y Adriano en Roma. Alejandro Magno se movió y promovió un escenario en el cual la libertad, tal como la habían entendido y practicado los atenienses del siglo V,

había terminado mediante un proceso en el cual su familia, y el pueblo macedonio, habían tenido bastante que decir. La recuperación y expansión de la cultura griega en escenarios distantes se dio bajo formas monárquicas. La justicia, por ejemplo, lejos de ser ejercitada por un grupo de ciudadanos elegidos entre sus iguales, había pasado a depender del emperador y tendía a diversificarse según el escenario en el cual se aplicaba. El lujo, bastante desenfrenado en algunos lugares de los vastos dominios logrados por los macedonios, fue una forma utilizada para marcar las diferencias entre los hombres. ¿Qué fue lo clásico que Alejandro pensaba o decía estar difundiendo? Fue, como siempre sucede en estos casos, una particular comprensión que, desde su presente, hacía de lo anterior, aunque este último no estuviese tan distante de su propio tiempo. El elemento central parece haber sido la fundación de ciudades de tipo griegas a lo largo y ancho de Asia, ubicadas en rutas accesibles al comercio y al intercambio, centros urbanos de lengua y cultura griega, si aceptamos la reducción de este término a una serie de manifestaciones artísticas en el espacio público. Para el resto, éstas eran creaciones de un poder personal y en las cuales, poco después de la muerte del fundador, se irían imponiendo las características propias del medio asiático. Un papel central lo tuvo el hecho de que el “dominio macedónico” vino a reemplazar aquel asfixiante que sobra toda la zona ejercían los persas. Este punto fue muy importante, por ejemplo, en el caso de Egipto, donde la derrota de los persas, junto a una hábil campaña publicitaria de Alejandro para presentarse como un libertador, terminaron por hacerlo aceptable a él y al régimen que representaba. El punto central, para los efectos de este comentario, es que lo clásico que se decía recuperar estaba mediado por circunstancias del presente completamente nuevas.

Si todavía resultaba posible interrogar y cuestionar el discurso de Alejandro respecto de la mantención y difusión de los valores ya clásicos de la cultura griega, dada la cercanía de ambos momentos, una pregunta de este tipo se hace más difícil en los distantes tiempos de Adriano de inicios del siglo II d.C. En este caso, el intento clasicizante se redujo más que nada a los intereses y capacidades de quien gobernó el Imperio por tantos años (118-138 d.C.) y que tuvo un claro y decidido interés por la cultura griega: “El amor de Adriano por la cultura griega era clasicizante porque imitaba un modelo clásico, pero se desarrolló sin el contexto político de una ciudad-estado griega clásica” (p. 711). Más agudo resultaría, en una fecha no muy distante de Adriano, el intento llevado adelante por el emperador Marco Aurelio y sus gustos griegos.

Una característica de los periodos clasicizantes, y este alcance no solo se refiere a los de la antigüedad, es que bajo un discurso de recuperación del pasado, terminan por darse e imponerse cambios bruscos y revolucionarios en muchas ocasiones. El ejemplo más claro a este respecto se encontrará siempre al analizar el tan extenso gobierno del emperador Augusto, que fue clásico y clasicizante a un mismo tiempo.

